

y diez y ocho de los veintiún reconciliados, eran brujos, y estos últimos, que se mostraron buenos confidentes, explicaron muy al por menor la naturaleza, el sistema y los efectos de la secta. Eran los veintinueve brujos de la villa de Vera y del lugar de Zugarramurdi, y al tenor de las declaraciones hechas por María de Zuzayo (que murió arrepentida), los aquelarres que se celebraban en 1610 en el monte de este nombre (1), eran, con pequeñas diferencias, lo mismo que el que acaba de presenciar en Archuri ó Peña-plata la incauta Grachina. La explanada, el numeroso concurso de brujos y brujas, el trono del formidable cabrón que en medio de ella se levanta; las adoraciones inverecundas acompañadas de inmundo besuqueo; el remedo sacrílego del Santo Sacrificio; la fórmula de la abjuración empleada en la recepción de los neófitos; la marca que á estos se pone; el poder que se les da al entregarles el asqueroso reptil que ha de acompañarles toda la vida: en todo esto conforman sustancialmente la leyenda y la revelación histórica, de tal manera, que parece aquella sugerida por esta. Sólo hay diferencias en algunos accidentes: así, por ejemplo, en la declaración que ante los Inquisidores de Logroño prestó María de Zuzayo, los aquelarres ó reuniones son los lunes, miércoles y viernes de cada semana, además de algunas festividades solemnes, como las Pascuas y otras de las que más celebran los cristianos; el que dice la *misa negra* es el mismo Satanás, preparando el altar y todo lo necesario seis ó más demonios de inferior categoría; el propio Satanás es también el que pone con la moneda de oro la marca del sapito en la pupila al neófito, además de señalarle con las uñas de la mano izquierda en la parte del cuerpo que le acomode; y el reptil que éste entrega, no es un lagarto como el que dió el

(1) Este monte, que el ingenioso autor de las *Leyendas vascongadas*, D. José María de Goizueta, eligió, en consonancia con el dato que suministra el *auto de fe* de Logroño, para escena de su interesante poemita en prosa titulado *Aquelarre*, se halla situado entre Zugarramurdi y Echalar, y está completamente aislado, rodeado de jarales y cercado de peñascos y torrentes. Es distinto del monte Archuri, que llamamos hoy *Peña-plata*.

cabrón á la Miquela al hacer ésta su abjuración y su pacto infernal, sino un *sapo vestido*, que debe el devoto cuidar con todo esmero para lograr por su medio, como en la leyenda por medio del lagarto, cuanto se le antoje en el mundo y sacar de él el licor para sus unturas y filtros.

Supónese que los efectos fisiológicos del veneno del sapo son muy parecidos á los de la hierba digital, y que suministrado á los perros, los adormece (1). Según esto, no sería violento admitir una de las explicaciones que reseña el docto Pedro de Valencia de los fenómenos de la brujería, y que un elegante escritor moderno (2) condensa en estas frases: no van (los brujos) á congregaciones, aunque piensan ir; ni se transportan de un sitio á otro, aunque creen hacerlo; ni hacen allí lo que se dice, aunque lo tienen por cierto, consistiendo todo en que los unguentos les producen sueño, y el demonio, en virtud del pacto, les representa en la imaginación mientras duermen, todo lo que, después de despertarse, creen haberles sucedido (3). No estaba distante de esta opinión el inmortal Cervantes cuando en su famoso *Coloquio de los perros* ponía estas juiciosas razones en boca de la hechicera Cañizares: «hay opinión que no vamos á estos convites sino con la fantasía, en la cual nos representa el demonio las imágenes de todas aquellas cosas que después contamos que nos han sucedido: otros dicen que no, sino que verdaderamente vamos en cuerpo y en ánima, y entrambas opiniones tengo para mí que son verdaderas, puesto que nos-

(1) Esto afirma el Dr. Fornara de Taggia en unos curiosos estudios publicados en Génova que cita en su *Oasis* el Sr. Mañé y Flaquer.—NAVARRA, XXXIX, página 458, nota.

(2) *Oasis*, loc. cit., p. 457 y 458.

(3) El proceso de Logroño y otros de igual índole fueron ocasión de que se publicaran en España obras sobre la brujería, y se cita como muy notable una de D. Martín de Arlés y Andovilla, canónigo de Pamplona, que se titula: *De las supersticiones. Contra los maleficios y sortilegios que prevalecen hoy en el mundo*. Esta obra fué escrita en latín é impresa en París. Otra del mismo género escribió el P. Fr. Martín de Castañaga. El Sr. Mañé y Flaquer, de quien tomamos esta noticia, no da su título.

• otras no sabemos cuándo vamos de una ó de otra manera;
• porque todo lo que nos pasa en la fantasía es tan intensamen-
• te, que no hay diferenciarlo de cuando vamos real y verdade-
• ramente. »

El campo de las supersticiones es muy vasto: no podemos recorrerle todo. Quiero no obstante recordar que, no hace muchos años, ocurrió en el pueblo de Muez—valle de Guesálaz—un suceso que contribuyó por algún tiempo á refrescar en nuestro siglo XIX la creencia en los *duendes*. El brujo, ya lo hemos visto, puede ser pícaro ó inocente, activo ó pasivo, responsable ó irresponsable: uno puede creerse brujo de buena fe, sin serlo realmente; pero el duende tiene que ser siempre y forzosamente un impostor, un gran bellaco.

Sucedió, pues—y cedo la palabra al elegante autor de los *Episodios militares* (1), que lo refiere con su pintoresco y animado estilo,—sucedió que al principio de la guerra carlista, llamada por entonces de Navarra, estación en que el maíz se empina y la patata ahonda, una brigada del ejército de la Reina, tras larga jornada, se detuvo á pernoctar en el lugar de Muez. Su situación está en alto, los alrededores frondosos, huertos en torno: los castañares y hayas van después. El lugar es corto, y sobre corto, estrecho para tanta gente.

Con olvido del orden se repartió la tropa sin boleta á ciento por casa, y sobraron cientos.

Apenas distribuída la fuerza de servicio, cerró la noche, sin que obstruyeran las boca calles con reparo alguno; y como en aquella época no había Administración militar y los vecinos de la anterior etapa y de la presente se habían huído casi todos, aquello, en reducidos límites, era Babilonia sin pan ni agua. Con hambre los soldados, cada cual tomó vientos, alejándose algunos de las avanzadas, cual aconteció al cabo Rando y cuatro compañeros, no tan culpables como quien expuso sus tropas á

(1) D. ANTONIO ROS DE OLANO, marqués de Guad-el-Jelú.

los riesgos de una sorpresa en la situación más comprometida: de lo que pudieron sacar partido los contrarios á punto de que no quedara quien pudiese dar cuenta de la derrota.

El caso era prevenir la cena. Juntáronse para este acto los camaradas en rancherías parciales, y 6000 hombres encenderían sobre dos mil fogatas.

La leña estaba verde, las calles húmedas y pantanosas, la niebla no dejaba ascender el humo; y se armó un infierno que lo atizaban las caras más atrevidas de los más fieros diablos con los carrillos inflamados y los bigotes tiesos.

La cena de los soldados en campamento es tan escasa como larga: tiene parte de la colación del cenobita y mucho de la orgía: fríen primero la carne, generalmente con sebo; se la comen hebra por hebra; beben, fuman, charlan, siempre al amor de la candela, porque es una propiedad momentánea de que son tan avaros como frailes de la cama, y entre sorbos, bocanadas de humo que huelen á pimentón, sueltan chistes de la boca, y de las manos dejan caer patatas en las ascuas, que mientras las asan, las pelan y se las comen, pásase la noche, suena la Diana y vuelven á la noria.

La noche de Muez había una ranchería compuesta de cinco imprudentes soldados, excéntrica de las otras, y contigua á las tapias de la aldea, á igual distancia de dos guardias avanzadas, y sentados á la redonda los cinco hombres sobre sus respectivos morrales hacían arder la fogata que daba gusto.

Un soldado de bigote chamuscado, pequeñuelo y más feo que Picio, dando vueltas á una ascua entre los dedos, díjole á otro que tenía todo el aspecto de un novicio y vestía pantalón de lienzo:

—Novato, alarga un pito.

El otro, que bien claro dejaba ver que era un quinto, le alar-

gó con presteza su cigarrillo de papel, y el veterano lo encendió sin darle gracias.

De allí á poco otro soldado tan feo como el primero y más amenazador, dijo al segundo:

—Oyes, *recluta*, me secaste el fusil?

—Sí, señor, camarada Romero.

—Le diste aceite?

—Sí, señor.

—Es que sino...

Apenas el soldado Romero había empezado su amenaza, cuando otro de los compañeros dirigió la palabra muy imperiosa al humilde quinto:

—Quintarraco, anda por agua.

El malhadado se levantó ranqueando, y volvió lo mismo de allí á un rato con una fiamblera llena de agua; apuráronla los demás, y el último le arrojó al rostro el sobrante. Todo lo sufría el paciente.

De allí á un instante, por el lado del campo, se oyó un cencerro como de bestia que pacía, y de los cinco, dijeron los tres más maleantes: —Vamos á ver qué casta de bicho sea ese, y si sale vaca la ordeñamos, si sale cabra nos la mamamos, si es cerdo lo descuartizamos, y si es jaco servirá mañana de bagaje.

—Alto ahí, muchachos—exclamó el cabo Rando; y el cencerro se oía cada vez más cerca y pausado.—Alto ahí, chicos, que no sabéis vosotros cómo anda el andergue del mundo, que digamos.

—Pues qué hay?—dijeron todos.

—Hay—repuso el cabo—que las brujas se cuelgan esquilas como las cabras para atraer los machos cabríos, y luégo que los tienen engatusados se montan en ellos y son capaces de cualquier fechoría.

El quinto se persignó dos ó tres veces, y el cencerro continuaba sonando.

—No hay más que lo dicho. En Abárzuza estaba yo una

noche de avanzadilla, y oí un són tal como ese, fuíme á él, y me pareció que veía una cabra; pero como yo diese en perseguirla, se puso en dos piés la tal cabra, que no lo era, me arrojó las tetas que eran dos pedruscos, cada uno como mi cartuchera, y los dos me dieron en salvo la parte (señalando la barriga), pero tan fuerte que caí redondo: entonces ví cosas del otro mundo, y fuí á amanecer al hospital cubierto de unas heridas que los practicantes decían ser de bayoneta, y yo me sabía que habían sido hechas con las uñas de la bruja. Con que no os metáis, muchachos, que en la guerra, mientras no nos lo manden, lo mejor es la del *cuquis*.

El cencerro cada vez se anunciaba más cerca, y el cabo, volviéndose muy socarrón hacia donde sonaba, torciendo el gesto, levantó la voz y dijo:

—Hermana salcocha, á mí no me la cuela, que yo ya soy perro viejo: muchachos, arrojarle un mendrugo para que coma y nos deje en paz.

—Anda tú—dijo Romero al recluta—y tírale esta patata cruda, que de menos hizo Dios al soldado.

El pobre quinto, que todo lo entendía bajo pena de obediencia, armado de su patata se puso en pié; pero no bien había cobrado posición, cuando á boca de jarro estalló un fusilazo que lo volcó patas arriba, y al caer espirante sobre las ascuas, sólo le quedó aliento para pronunciar estas últimas palabras:

—..... ¡Adiós mundo!

Al fracaso huyeron los compañeros, y un aullido salvaje vomitó el grito subversivo de ¡*Viva Carlos V!*

Pusiéronse en alarma las patrullas y guardias avanzadas, y prendieron á un joven del país, de rudas y atléticas formas, cubierto de una boina azul y un esquilón colgado del pescuezo. En aquel punto mismo lo hicieron trizas, y apenas les quedó tiempo para más operación, y tuvieron que replegarse, porque instantáneamente rompió un fuego vivísimo el enemigo, y las balas crujían por todas partes.